

ronda que recorría el dormitorio inferior del Edificio Nuevo, al tiempo de echar en el buzón de contraseñas su contraseña, es decir, la pieza de metal con su número, que sirve para indicar que el inspector cumple el servicio exactamente, de modo que cada hora cae en los buzones de las puertas de los dormitorios una contraseña; un inspector, decimos, vió por la rejilla del dormitorio á Brujón sentado, escribiendo algo en la cama á la luz de la lámpara.

El inspector entró; encerróse á Brujón durante un mes en un calabozo, pero no se le pudo coger lo que había escrito.

La policía no supo más.

Lo cierto es, que al día siguiente tiraron un "postillón" desde el patio de Carlomagno á la Cueva de los Leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba ambos patios.

Los presos llaman "postillón" á una bolita de pan artísticamente amasada, que se envía á "Irlanda", es decir, por encima de los tejados de la cárcel de un patio á otro. (Etimología: por encima de Inglaterra, de una tierra á otra, "á Irlanda").

Al caer, pues, la bolita en el patio, el que la recoge la abre, y encuentra un billete dirigido á algún preso de los de allí. Si en efecto es un preso el que la coge, le da su destino, y si es un carcelero ó uno de los presos secretamente vendidos, que se llaman "borregos" en las cárceles, y "zorros" en los presidios, el billete es llevado á la alcaldía, y luego á la policía.

Esta vez el billete llegó á su destino, aunque en aquel momento el que debía recibirle estaba "en el apartado"; era nada menos que Babet, uno de los cuatro jefes de Patron Minette.

El "postillón" contenía un papel arrollado, en el cual estaban escritas estas dos líneas:

—Babet. Se puede hacer negocio en la calle Plumet. Una verja en un jardín. —Esto era lo que había escrito Brujón durante la noche.

A pesar de los registradores y registradoras, Babet encontró medio de hacer llegar el billete desde la fuerza á la Salpetrière á una "buena amiga" que allí tenía, y que estaba encerrada.

Esta á su vez transmitió el billete á otra conocida suya, á una tal Magnon, muy vigilada por la policía, pero no presa aún.

Esta Magnon, cuyo nombre ha visto ya el lector, tenía con los Thénardier relaciones que explicaremos más adelante, y podía yendo á ver á Eponina, servir de puente entre la Salpetrière y las Magdalenas.

Pero sucedió precisamente en aquel momento, que faltando pruebas en la sumaria formada contra Thénardier respecto á sus hijas Eponina y Azelma, fueron éstas puestas en libertad.

Cuando Eponina salió, la Magnon, que la esperaba á la puerta de las Magdalenas, le dió el billete de Brujón á Babet, encargándole que "alumbrase" el negocio.

Eponina fué á la calle Plumet, reconoció la verja y el jardín, observó la casa, espío, acechó, y algunos días después llevó á Magnon, que vivía en la calle Cl cheperce, un bizcocho, que Magnon transmitió á la querida de Babet en la Salpetrière.

Un bizcocho en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa: "no hay nada que hacer".

Tan bien salió todo, que menos de una semana después, Babet y Brujón, al encontrarse en el camino de ronda de la Fuerza, yendo uno "á la instrucción" y viniendo el otro:

—Y bien,—preguntó Brujón,—¿la calle P?

—Bizcocho,—responde Babet.

Así abortó este feto de crimen, engendrado por Brujón en la Fuerza.

Este aborto tuvo, sin embargo, consecuencias completamente extrañas al proyecto de Brujón, que ya se verán.

Muchas veces se cree uno anudar un hilo, y ata otro.

### III

#### *La aparición del señor Mabeuf.*

Mario no iba á ver á nadie; solamente algunas veces solía encontrar al señor Mabeuf.

Mientras Mario descendía gravemente por estos lúgubres peldaños, que podrían llamarse la escalera de las cuevas y de los lugares sin luz, donde se oye á los dichos caminar por encima, el señor Mabeuf por su parte descendía también.

La "Flora de Caunteretz" no se vendía ya absolutamente.

Los experimentos sobre el añil no habían dado resultado ninguno en el pequeño jardín de Austerlitz, que estaba mal situado; allí sólo podía cultivar algunas plantas raras que necesitan humedad y sombra. Pero no por esto se desanimaba.

Había podido lograr un rincón de tierra en el Jardín Botánico, bien situado para hacer "á su costa" los ensayos sobre el añil, para lo cual había llevado las láminas de su "Flora" al Monte de Piedad.

Había reducido su almuerzo á dos huevos, y dejaba uno de ellos á su vieja criada, á quien no había pagado el salario hacía quince meses. Muchas veces, su almuerzo era su única comida.

Ya no se reía con su natural risa infantil; se había vuelto huraño, y no recibía visitas.

Mario hacía muy bien en no ir á verle.

Algunas veces, á la hora en que el señor Mabeuf iba al Jardín Botánico, se encontraban el viejo y el joven en el boulevard del Hospital; no se hablaban; solamente se saludaban tristemente con la cabeza.

¡Triste cosa por cierto! Hay momentos en que la miseria rompe hasta la amistad. Antes eran dos amigos; ahora eran dos transeúntes.

El librero Royol había muerto.

El señor Mabeuf no conocía más que sus libros, su jardín y su añil; estas eran las tres formas que había tomado para él la felicidad, el placer y la esperanza; este le bastaba para vivir, y se decía: "Cuando haya hecho mis bolitas azules seré rico; sacaré mis láminas del Monte de Piedad, volveré á estar de moda mi "Flo-



ra" con el charlatanismo, pondré anuncios en los periódicos, y compraré, ya sé yo donde, un ejemplar del "Arte de navegar", de Pedro Medina, con grabados en madera, edición de 1559".

Entre tanto trabajaba todo el día en su sembrado de añil, y por la noche volvía á su casa para regar el jardín y leer sus libros.

El señor Mabeuf contaba entonces muy cerca de los ochenta años.

Una noche tuvo una singular aparición.

Había vuelto á su casa mucho antes de anochecer. La tía Plutarco, cuya salud se quebrantaba, estaba enferma y acostada.

El señor Mabeuf había comido un poco de carne, que quedaba sin roer de un hueso, y un pedazo de pan que había encontrado en la mesa de la cocina, y estaba sentado en un recantón tumbado, que le servía de banco, en el jardín.

Junto á este banco había, según la moda de los antiguos huertos, una especie de cajón alto, hecho de listones y tablas muy estropeadas ya, que era jaula de conejos en la parte inferior y frutero en la superior.

No tenía conejos en la jaula; pero aún conservaba algunas manzanas en el frutero, restos de la provisión del invierno.

Se había puesto á hojear y á leer, con ayuda de los anetojos, dos libros de que estaba apasionado, y que, cosa rara á su edad, le tenían pensativo.

Su natural timidez le hacía á propósito para aceptar ciertas supersticiones.

El primero de estos libros era el famoso tratado del presidente Delancre:

"De la inconstancia de los demonios".

El otro, que era un volumen en cuarto de Mutor de la Rubaudiere:

"Sobre los diablos de Vauvert y los gobelinos de la Bièvre".

Este último librote le interesaba tanto más cuanto que su jardín había sido uno de los sitios antiguamente frecuentados por los gobelinos.

El crepúsculo empezaba á blanquear los objetos más elevados, y á ennegrecer los que están bajos.

Al propio tiempo que leía mirando por encima del libro que tenía en la mano, el señor Mabeuf contemplaba sus plantas, y entre otras, un rhododendron magnífico, que era uno de sus encantos.

Los cuatro días últimos de bochorno, de viento y de sol, sin una gota de lluvia, habían hecho encorvar sus tallos, inclinarse los botones y caer las hojas.

Era preciso regar; el rhododendron, sobre todo, estaba triste.

Mabeuf era de esos hombres para quienes las plantas tienen alma.

El anciano había trabajado todo el día en su sembrado de añil, y estaba rendido de cansancio; se levantó, sin embargo, dejó los libros en el banco, y se dirigió encorvado y con vacilante paso al pozo; pero cuando cogió la soga no pudo ni aún tirar para desengancharla.

Entonces se volvió dirigiendo una triste mirada al cielo que se iba cubriendo de estrellas.

La noche tenía esa serenidad que disminuye los dolores del hombre bajo una alegría lúgubre, eterna y desconocida, y anunciaba que iba á ser tan árida como el día.

—¡Estrellas por todas partes!—pensaba el anciano.—¡Ni una pequeña nube! ¡Ni una lágrima de agua!

Y dejó caer la cabeza sobre el pecho que había levantado un momento. Luego volvió á levantarla, y miró al cielo, murmurando:

—¡Una lágrima de rocío! ¡Un poco de piedad!

Trató de nuevo de desenganchar la soga del pozo, pero no pudo.

En aquel momentó oyó una voz que decía:

—Señor Mabeuf, ¿queréis que os riegue yo el jardín?

Y al mismo tiempo sintió como el ruido de un animal salvaje que corre, viendo salir de entre los matorrales una especie de muchacha demacrada, que se puso delante de él mirándole desenvueltamente. Parecía mejor que un sér humano, un aborto del crepúsculo.

Antes que Mabeuf, que se asustaba fácilmente, hubiese vuelto de su asombro, aquel sér, cuyos movimientos tenían en la obscuridad cierto atrevido desenfado, había desenganchado ya la soga, sumergido y sacado el cubo, y llenado la regadera.

El buen hombre veía esta aparición que llevaba los pies desnudos y un zagalajo completamente destrozado; veía, decimos, cómo corría por las calles del jardín derramando la vida á su alrededor. El ruido de la regadera en las hojas encantaba al señor Mabeuf. Le parecía que el rhododendron era ya feliz.

Vaciado el primer cubo, la muchacha sacó otro, y después un tercero; así regó todo el jardín.

Andando así por entre los árboles en que aparecía su perfil enteramente negro, agitando sobre sus largos y angulosos brazos su desgarrada pañoleta, tenía cierto aspecto de murciélago.

Cuando hubo acabado, se aproximó á ella el señor Mabeuf con lágrimas en los ojos y le puso la mano en la frente:

—Dios te bendiga,—dijo;—eres un ángel, pues tienes cuidado de las flores.

—No,—respondió ella;—soy el diablo, pero es igual.

El anciano exclamó sin esperar ni oír la respuesta:

—¡Qué lástima que yo sea tan desgraciado y pobre, que no pueda hacer nada por tí!

—Algo podríais hacer,—dijo ella.

—¿Qué?

—Decirme dónde vive el señor Mario.

El viejo no entendió.

—¿Qué Mario?

Y alzó su vidriosa mirada como buscando algo que hubiera desaparecido.

—Un joven que venía aquí hace algún tiempo.

El señor Mabeuf había ya hecho memoria, y contestó:

¡Ah!—sí... Ya sé lo que quieres decir. ¡Espera! Mario... el barón Mario de Pontmercy. ¡Pardiez! Vive... ó por mejor decir, no vive ya... Vaya, no sé.

Y así diciendo, se había encorvado para sujetar una rama del rhododendron.

—Espera,—continuó;—ahora me acuerdo. Pasea mucho el boulevard, por la parte de la Glaciere, calle Croulebarbe, Campo de la Alondra. Si vas por allí, no será difícil que le encuentres.

Cuando Mabeuf se enderezó ya no había nadie; la muchacha había desaparecido.



Entonces tuvo miedo de veras.

—Por cierto,—dijo,—que si no viese el jardín regado, creería que había sido un espíritu.

Una hora después, al acostarse, volvió á pensar en ello, y al dormirse, en ese momento confuso en que el pensamiento, como el pájaro de la fábula que se convierte en pez para pasar el mar, toma poco á poco la forma del desvanecimiento para atravesar el sueño, decía á sí mismo confusamente:

—En verdad que esto se parece mucho á lo que Rubaudiere cuenta de los gobelinos. ¿Habrà sido uno de ellos?

## IV

**Aparición de Mario.**

Algunos días después de aquella visita de un “espíritu” al señor Mabeuf, llegó la mañana de un lunes del día en que Mario pedía á Courfeyrac cinco francos para Thénardier.

Mario se había guardado la moneda en el bolsillo, y antes de llevársela al carcelero había ido á “pasearse un poco”, esperando tener ganas de trabajar á la vuelta. Era lo que hacía siempre.

En cuanto se levantaba sentábase delante de un libro y una hoja de papel para concluir alguna traducción; tenía entonces que hacer la versión al francés de una célebre querrela entre alemanes, la controversia de Gans y de Savigny.

Cogía á Gans, cogía después á Savigny; leía cuatro líneas, trataba de escribir una, y no podía; veía una estrella entre sus ojos y el papel, y se levantaba de la silla, diciendo:

—Voy á salir. Esto me encauzará.

Y se iba al campo de la Alondra.

Allí veía aún más la estrella y mucho menos á Savigny y Gans.

Volvía á su casa, trataba de reanudar el trabajo, y no lo conseguía; no podía coger un solo cabo de los hilos rotos de su cerebro. Entonces decía:

—Mañana no salgo, porque así no se puede trabajar.

Y no obstante salía todos los días.

Vivía en el Campo de la Alondra más que en casa de Courfeyrac. Sus señas eran verdaderamente estas: Alameda de la Salud, séptimo árbol, después de la calle Croulebarbe.

La mañana de que venimos hablando había abandonado el árbol y se había sentado en el parapeto del arroyuelo de los Gobelinos.

Un sol alegre penetraba por entre las brillantes hojas recién abiertas.

Pensaba en “Ella”, y su pensamiento, convirtiéndose en reconvención, recaía sobre él; pensaba dolorosamente en la pereza, parálisis del alma, que se apoderaba de él, y en aquella noche, cuyas tinieblas se aumentaban por momentos ante su vista, hasta el punto de que ya no veía ni aún el sol.

Si, embargo, al través de este penoso desprendimiento de ideas diversas que no eran un monólogo; tanto se debilitaba en él la actividad, y tan escasa era su

fuerza, que ni aún para desconsolarse le bastaba; al través de esa absorción melancólica le llegaban las sensaciones del exterior.

Oía detrás de sí, debajo de sí, en ambas orillas del arroyo, batir la ropa á las lavanderas de los Gobelinos y encima de su cabeza cantar los pájaros en los olmos.

Por un lado, el ruido de la libertad, del descuido feliz, del placer alado; por otro, el rumor del trabajo. Estos dos ruidos le parecían alegres, lo cual le hacía pensar profundamente y casi reflexionar.

De repente, en medio del éxtasis que le dominaba, oyó una voz conocida, que decía.

—;Toma! ¡Ahí está!

Levantó los ojos, y reconoció á aquella infeliz criatura que había ido una mañana á su casa, la mayor de las hijas de Thénardier, Eponina, puesto que ya sabía como se llamaba.

Cosa rara; estaba empobrecida y embellecida; dos pasos que parecía imposible que pudiera darlos, y sin embargo, había realizado ese doble progreso hacia la luz y hacia la desgracia.

Llevaba descalzos los pies, é iba vestida de harapos, como el día que había entrado tan resueltamente en su cuarto; solamente que sus harapos tenían dos meses más; los agujeros eran mayores, y los andrajos más miserables.

Tenía la misma voz ronca, la misma frente atezada y arrugada por el aire, la misma mirada suelta, extraviada y vacilante.

Además, tenía en la fisonomía ese algo atónico y lastimero, sello particular que añade el sello de la cárcel á la miseria.

Tenía algunos restos de paja y de heno entre los cabellos, no como Ofelia por haberse vuelto loca con el contagio de la locura de Hamlet, sino porque había dormido en algún pajar.

Y á pesar de todo era hermosa. ¡Cómo eres radiante, oh juventud!

Se había parado delante de Mario con cierta alegría en su lívido rostro, y como sonriendo.

Permaneció algunos instantes como si no pudiese hablar.

—¡Por fin os he encontrado!—dijo.—Tenía razón el señor Mabeuf, ¡en este boulevard! ¡Cuánto os he buscado! ¡Si supierais! ¡Lo sabéis? He estado en la cárcel. ¡Quince días! Ya me han soltado viendo que no había nada contra mí. Además, no tenía edad de discernimiento; me faltan dos meses. ¡Oh, cómo os he buscado desde hace seis semanas. ¿Yá no vivís allí?

—No, dijo Mario.

—¡Oh! Ya comprendo. Por aquello. Son muy desagradables esos lances. Os habéis mudado. ¡Calle! ¿Y por qué lleváis ese sombrero tan viejo? Un joven como vos debería llevar un buen traje. ¿No lo sabéis, señor Mario? El señor Mabeuf os llamó el barón Mario de no sé cuántos. ¿Verdad que no sois barón? Los varones son viejos, van al Luxemburgo, delante del palacio, donde hay más sol y leen “La Cotidiana” por un sueldo. Yo estuve una vez á llevar una carta á casa de un barón así. Tenía más de cien años. Decid: ¿dónde vivís ahora?

Mario no respondió.

—¡Ah!—continuó ella.—Lleváis rota la camisa. Será menester que os la cosa.



Y añadió con acento cada vez más sombría:

—Parece que no os alegra mucho el verme.

Mario callaba; ella guardó silencio por un momento, y después exclamó:

—Y sin embargo, si quisiera os obligaría á estar contento.

—¿Cómo!—preguntó Mario.—¿Qué queréis decir?

—Ah! ¡Antes me llamábais de tú!

—Pues bien: ¿qué quieres decir?

Eponina se mordió el labio; parecía dudar como presa de una lucha interior; por fin, pareció decidirse.

—Tanto peor; es igual. Tenéis el aire triste, y quiero que estéis contento. Prometedme solamente que os reiréis. Quiero veros reir y deciros: “¡Bien, así me gusta!” ¡Pobre señor Mario! Ya sabéis que prometisteis darme todo lo que yo quisiera.

—¡Sí, pero habla de una vez!

Ella miró á Mario fijamente á los ojos, y le dijo:

—¿Sé la dirección!

Mario se puso pálido. Toda su sangre refluó al corazón.

—¿Qué dirección?

—La que me mandásteis averiguar.

Y añadió como haciendo un esfuerzo.

—Las señas... ya sabéis.

—¡Sí!—balbuceó Mario.

—De la señorita!

Y al pronunciar esta palabra, suspiró ella profundamente.

Mario saltó del parapeto en que estaba sentado, y le tomó violentamente la mano.

—¿Pues bien! ¡Llévame! ¡Dime! ¡Pídeme todo lo que quieras! ¿Dónde es?

—Venid conmigo,—respondió ella.—No sé bien la calle ni el número; es al otro extremo, pero conozco bien la casa; voy á enseñárosla.

Retiró entonces la mano, y dijo con un tono que habría desgarrado el corazón de un observador, pero que no llamó la atención de Mario embriagado y conmovido:

—¡Ah! ¡Qué contento estáis ahora!

Una nube cruzó la frente de Mario.

—¡Júrame una cosa!—dijo, cogiendo á Eponina del brazo.

—¡Jurar!—dijo ella.—¿Qué quiere decir eso? ¡Calle! ¿Queréis que jure? Y se echó á reír.

—Tu padre! ¡Prométeme, Eponina; júrame que no dirás á tu padre esas señas!

Eponina se volvió asombrada hacia él.

—¿Eponina! ¿Cómo sabéis que me llamo Eponina?

—Prométeme lo que te digo!

Ella pareció no oír.

—¡Es gracioso! ¡Me habéis llamado Eponina!

Mario le cogió los dos brazos á la vez.

—Pero respóndeme en nombre del cielo! ¡Atiende á lo que te digo; júrame que no dirás esas señas á tu padre!

—¡Mi padre! ¡Ah, sí, mi padre! No temáis. Está incomunicado. Y además, ¿me ocupo ya para algo de mi padre?

—¡Pero no me lo prometes!—exclamó Mario.



—¡Pero soltadme!—dijo ella, echándose á reír.—¿Cómo me zarandeáis! ¡Sí, sí; os lo prometo! ¡Os lo juro! ¡Qué me importa eso! No diré las señas á mi padre. ¿Os acomoda así?

—Ni á nadie,—prorrumpió Mario.

—Ni á nadie.

—Ahora llévame,—dijo él.

—¿En seguida?

—En seguida.

—Venid... ¡Oh, qué contento va!—dijo la muchacha.



A los pocos pasos se detuvo.

—Me seguís muy de cerca, señor Mario. Dejadme ir adelante, y seguidme como si tal cosa. No hay necesidad de que se vea á un joven como vos junto á una mujer como yo.

No hay lengua que pueda expresar todo lo que encerraba esta palabra, mujer, pronunciada por aquella criatura.

Dió unos diez pasos, y volvió á pararse; Mario la alcanzó.

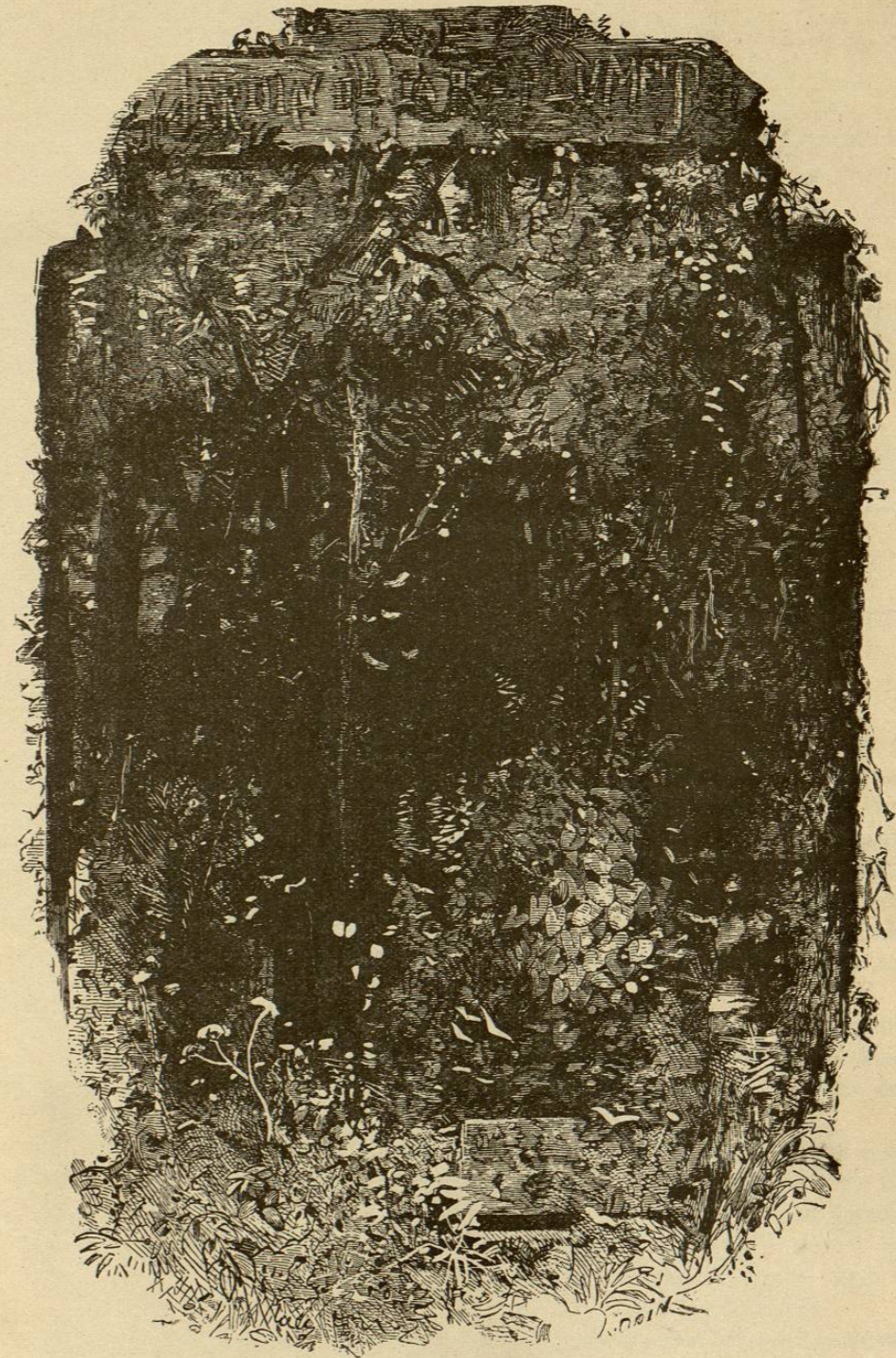
Dirigióle ella la palabra al soslayo y sin volver la cabeza.

—A propósito: ¿recordáis que me prometisteis algo?

Mario registró el bolsillo. No poseía en este mundo más que los cinco francos destinados á Thénardier; los sacó, y los puso en la mano de Eponina.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda al suelo, y mirando fijamente á Mario con aire sombrío:

—No es vuestro dinero lo que quiero,—dijo.



La casa de la calle de Plumet